

Musa o hipotenusa

“Aquí no entre nadie que no sepa poesía”

Br. Henry Ojeda
Estudiante de Ingeniería Química
Segundo premio concurso “Segundo Serrano Poncela” 2015

La primera vez que muchos de mis compañeros notaron que asiduamente escribía, y leía novelas o poesía, me preguntaron por qué estaba estudiando ingeniería. Con el paso del tiempo, esta fue una pregunta que se reprodujo y se multiplicó de muchas formas, y que se me apareció en tantísimas ocasiones vestida de diferentes mascararas: la vocación, las inclinaciones personales, profesionales, la duda que se siembra y se esparce, aquella falta de poesía en el teorema del límite, aquel plano cartesiano, tan eso, tan plano.

Entender esta crisis que se había instalado en mi cabeza durante mi tránsito por la universidad de la razón y de la simetría, me tomó tiempo, análisis y muchas dudas. En algunos momentos me entregué salvajemente a los libros, a las notas a pie de página, a subrayar citas, al cine, a la poesía, y por esas fracciones de tiempo repudí todo argumento que fuese matemático, todo corolario inequívoco y limitante.

Muchos libros después, y cansado de resistirme a mí mismo, sin valor para dejar esta universidad y emprender un viaje diferente, me resigné y volví a abrir espacio en mi cabeza para la transferencia de calor, los teoremas, los cálculos, le volví a abrir puerta a la ineludible Hipotenusa.

Hoy me doy completamente por enterado de lo equivocados que estábamos todos. La musa y la hipotenusa no están tan separadas como creímos. Esta insistencia natural, presente en muchos de nosotros, de creer que en el cerebro existen dos corrientes que no pueden mezclarse nos limita y nos obstruye. Es como si el hemisferio derecho e izquierdo de nuestro cerebro fuesen dos fluidos inmiscibles entre ellos, uno por un lado, fluorescente y cálido, y el otro, aceitoso, espeso y frío; fluidos que cuando se encuentran se desconocen, y siguen su cauce turbulento hacia la finitud de los días, en constante pugna.

Existe una famosa ley de la física que dice que un cuerpo no se detendrá hasta que algo lo detenga, o no se pondrá en movimiento a menos que algo lo impulse. En este sentido, la mente humana no es diferente, no conocerá límite hasta que algo se lo imponga. ¡Qué bueno haber llegado a este territorio tan habitado y deshabitado que es la escritura y la poesía! porque si un poco antes me hubiesen dicho que la ingeniería y la literatura no iban de la mano, hubiese dibujado un límite y habría sucumbido ante él, o en términos de Newton, habría alcanzado el reposo.



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

VICERRECTORADO ACADÉMICO
DECANATO DE ESTUDIOS GENERALES



Entiendo ahora, que aquellos que piensan que la ciencia y la literatura no van de la mano, simplemente no se han dado cuenta -aún, que esa lluvia tan nombrada en tantas novelas y poemas, que inunda las orillas de los ríos mientras los Florentinos esperan, que baña pueblos que mueren de insomnio, no es otra cosa, sino un río que destilado por el sol, invadió la más grande inmensidad del cielo. Nuestras grandes historias están llenas de ciencia sin que a veces nos demos cuenta o todo lo contrario, los más conocidos teoremas de la ciencia a veces están llenos de poesía. Así es que la literatura puede convertirse en la ciencia de lo cotidiano, una ciencia a la vez más certera y a la vez más imprecisa que las demás, la ciencia es poesía, y la poesía de alguna forma es ciencia también, ¿no se pasó acaso el Horacio Oliveira de Cortázar toda su vida buscando el cielo, el final de la Rayuela, como se pasan la vida los átomos persiguiendo aquel sueño de volverse los más nobles de los gases? ¿no procuraba Aureliano ejecutar las más arduas transformaciones en su pequeño laboratorio de alquimia, como un aprendiz de ingeniero químico? ¿no son nuestras concepciones matemáticas del infinito y de lo estacionario elementos borgésicos? ¿no es un límite en el infinito un intento de comprender lo que hay más allá o cómo seremos mañana? La ciencia es un reflejo tan preciso de la vida, como lo es la literatura, hace unos meses me encontraba hojeando un libro de termodinámica, y me topé de forma maravillosa con el concepto de exergía. La exergía es el trabajo que se pudo haber hecho y no se hizo, lo que pudo ser y no fue, ¿Cuánta filosofía y diletancia se puede esconder bajo esa inocente frase? ¿no es acaso la irreversibilidad una declaración jurada de la consecuencia de nuestros actos? ¿no difundimos nosotros también, como las partículas, hacía ciertos lugares y personas para llenar nuestros vacíos?.

Bien lo dijo Dante Alighieri, “no nacimos para vivir como animales, sino para buscar el conocimiento y la virtud”, pero curiosamente, pienso que nacimos para vivir como insectos, como un hombre mosca con su bitácora, esos, que en palabra del poeta **Prudencio Domínguez**, *habitan la belleza y la peste, lo sublime y la mierda, sin distinción alguna*. Un alma que no se relaciona con su entorno por medio de la palabra, es un alma finita, que al igual que en el espacio sideral, en su eterno vacío, no replica ningún sonido, no perpetúa ningún eco, y consume todo intento de eternidad en un silencio inequívoco. Esa búsqueda que menciona Dante no es diferente de cualquier otro fenómeno cuya fuerza impulsora promueve la fluidez de energía y de materia. Nosotros, estamos y estaremos siempre, buscando el equilibrio, siempre desplazándonos, en eterna difusión y búsqueda de la nobleza.



UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

VICERRECTORADO ACADÉMICO
DECANATO DE ESTUDIOS GENERALES



Los invito entonces, a forjar y hacerse de la palabra, a empuñarla como una espada y salir al mundo en la búsqueda del conocimiento, en una persecución, que ayuda una página a la vez, a hacer de este un mundo un lugar más libre, una búsqueda, que según **Ricardo Santos**, puede ser incentivada por los estudios generales, esos que despertaron en él *más que un gusto por la literatura, un sentido de reflexión y cuestionamiento de la realidad*. Los invito a los dragones, a esos dragones que en palabras de **Saúl Duque**, *sirven para liberar al hombre, para hacerle ver las cosas como son*, los invito a que seamos libertadores ¡hagamos honor a nuestra alma máter!, fundamos de una vez por todas nuestros hemisferios, transformemos el plomo en pescadillos de oro, acabemos con la exergía y opongámonos a los tabiques y barrotes de vivir estrictamente en la zona de lo posible. Los invito a la palabra, pues ella, sencilla e infinita a la vez, difiere en una cosa fundamental con la materia: la palabra sí se crea.